

Las
lágrimas
de la
noche

MUESTRA GRATUITA DE LECTURA

Antonio Buzarra Sagasti

CON PLUMA Y PIXEL

Título: Las lágrimas de la noche

Muestra gratuita de lectura

1ª Edición: octubre de 2019

© 2018, Antonio Buzarra Sagasti, por el texto
<https://www.antonio buzarra.com/>

© 2019 Yanira Grijalba Espiga, por la cubierta de la novela

© 2019, Con Pluma y Píxel, por la presente edición
<https://www.conplumaypixel.com/>

Corrección y revisión:
El taller del Punto y Coma
<http://eltallerdelpuntoycoma.com/>

Maquetación y diseño: Con Pluma y Píxel, © 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Capítulo primero

Allá donde la tierra acaba, donde el vuelo del halcón se interrumpe. Allí donde el sonido del trueno se iguala al de las olas en una lucha eterna por la supervivencia. Allá donde la vida y la muerte conviven a diario, existe un lugar inhóspito que recibe el nombre de Sierra del Águila.

Desde el principio de los tiempos, sus montañas aguantan la embestida del rayo, la violencia del viento, y las bravas aguas han golpeado sin misericordia, con ferocidad, sin descanso, su oscuro vientre, resquebrajando primero, con la complicidad del tiempo, sus entrañas; arrebatando después sus pedazos, sin misericordia, en una lucha diaria y eterna, para arrastrarlos hasta su seno como un botín de guerra, dejando tras de sí profundas heridas en la batalla diaria. Una guerra que la montaña tiene perdida, como muestran las cavernas horadadas en su interior. Allí existe una tierra salvaje, donde las cumbres orgullosas se alzan hacia el cielo, desafiando a los vientos y al mismo sol, que parecen querer alcanzarlas. Sus afiladas puntas dan lugar a pendientes abruptas, casi inalcanzables para los hombres y las bestias. Solo el águila, como señora y reina del cielo, es capaz de dejar su impronta en las cumbres. Su brusquedad es tal, que por sus escabrosas laderas discurre brava el agua de la lluvia, horadando sin piedad la tierra y dejando terribles cicatrices en forma de infranqueables barrancos por donde llegar al valle. Por ellas baja con inusitada rapidez el viento del norte, que obligado a pasar entre estrechas fisuras, se queja amargamente lanzando al cielo horribles

gritos desgarradores que estremecen y amenazan hasta encoger el alma de los habitantes de la montaña con su silbido aterrador. Aquella tierra tan salvaje es la Sierra del Águila, llamada así porque sólo ellas, las portentosas águilas, con sus imponentes alas, pueden alcanzar sus inaccesibles cumbres, las cuales, orgullosas, se envanececen de tocar el cielo.

Pero donde hay bravura hay belleza, y no todo es sangre y fuego. No muy lejos de allí existe un lugar donde el fragor de la batalla se desvanece con el viento, donde solo la brisa se atreve a alzar su voz, donde los verdes prados se besan con dulzura con las mansas aguas, antes de entregarse al mar y sumergirse bajo su manto.

Entre el monte Ulbaz y el Marionack, dos de sus inaccesibles cumbres, existe una inmensa llanura donde el haya, el roble, el serbal de los cazadores, el pino y algún tejo milenario, luchan con fiereza por sobrevivir. Es el bosque de Tangará. Alejado de las rutas comerciales, aquel recóndito lugar apenas es visitado por nadie, solo los habitantes de Alteggar y Otzeak se atreven a hollar el interior de su frondosidad, dado que su salvaje naturaleza ha dado pábulo a muchas leyendas.

Desde el principio de los tiempos, reunidos alrededor del fuego, en las noches sin luna, han contado innumerables historias.

—Allí viven los *dormechaun* —dijo uno en voz baja con cara de inquietud y misterio.

—Sí, bajo los robles negros —comentó con el mismo tono de voz, otro que, escondido en un rincón, escuchaba con fascinación aquellas historias.

—¿Los *dormechaun*? —preguntó un jovencuelo imberbe que apenas levantaba unos palmos del suelo.

—Sí, los *dormechaun* —ratificó el primero, con el mismo tono de misterio.

—Son unos duendes azules que apenas se dejan ver —aclaró un cuarto.

—Su mejor pasatiempo es cuchichear, sin dejarse ver, cerca de los humanos, para volverlos locos —volvió a decir uno de los primeros.

—Sí, yo los he oído cerca de Mack, el roble, una tarde en que me retrasé —susurró uno de los asistentes.

—Son caprichosos y malhumorados, y... —interrumpió otro.

—Su misión es mantener el orden en el bosque... —añadió un quinto, convencido.

—Y asustarnos a nosotros —argumentó uno que andaba por medio.

—Aunque no son peligrosos —replicó el del rincón—. Viven en los huecos de los robles y se comunican por galerías profundas. Y gracias a ellos tenemos cierta armonía en el bosque de Tangará.

Un murmullo de casi aprobación inundó la estancia, solo roto cuando alguien preguntó:

—¿Y las *persaibes*? —se atrevió a decir asustado, casi como en un cuchicheo, uno que se sentaba cerca de la puerta, justo al lado del último que había hablado. Todas las miradas se dirigieron hacia él.

—Sí, las *persaibes* —repitió casi con miedo.

Al momento se levantó un comentario general, casi como un bisbiseo.

—Yo las he visto —osó decir uno en voz baja.

—¿Dónde? —preguntaron todos con la mirada.

—En las rocas de Morguck, un día que fui a por leña cerca del prado Morialck. —Un cuchicheo general comenzó a crecer en la reunión.

—Sí, mi padre me contó que por allí moraban las *persaibes* —comentó uno de ellos.

Todas las miradas se volvieron en la dirección de donde provenía aquella voz.

—¿Cómo son? —preguntó alguien.

—Son hadas azules —respondió el primero que había comentado que las había visto.

—Sí —exclamó en voz alta el más viejo de la reunión—, son hadas de color violeta que se encargan de la belleza del bosque.

—¿Y tú por qué lo sabes? —inquirió uno de los asistentes.

—Porque yo también las he visto, y no hace muchos años —contestó a media voz, como si no quisiera que se supiera.

—¡Ahhhh! —se escuchó en la cabaña.

—Sí, viven entre las flores silvestres. Reavivando sus colores. Haciéndolas crecer cada día más hermosas —aclaró el anciano.

—Pero eso también lo hacen los *digortrup*, los gnomos verdes —dijo uno alzando la voz.

—Sí, eso es cierto —corroboró otro.

—Además son más fáciles de ver —añadió un tercero.

—No —exclamó el anciano alzando la voz—. Los gnomos, se dedican a la belleza de los árboles y las plantas, pero no de las flores.

—Es cierto, yo los vi una vez cerca de los robles de Karnako —añadió otro.

Los comentarios sobre los gnomos se convirtieron en murmullo. Unos asentían con la cabeza, otros se quedaban perplejos ante la apostilla del vecino. El susurro era general cuando una voz se alzó sobre las demás.

—¿Alguien ha visto a los *angusmit*?

Un silencio sepulcral se apoderó del lugar. Solo unos instantes después, alguien, como de soslayo, se atrevió a pronunciar su nombre.

—¿*Angusmit*?

Todos sabían quiénes eran, pero nadie se atrevía a hablar de ellos. La creencia general era que formaban un pequeño grupo, un residuo de lo que en otro tiempo fueron los dominadores de todas las artes mágicas que antaño poblaban el bosque de Tangará, de los que apenas sobrevivían diez individuos. Pero nadie los había visto, y si alguien lo había hecho, al menos no había sobrevivido para contarlo. Esa era la creencia general.

Llegado este momento, la reunión acabó. Los asistentes, con los corazones atemorizados, abandonaron la cabaña antes de que el temor descontrolado los invadiera. La vida era sencilla para estos habitantes, pero era duro sobrevivir entre el miedo y la ignorancia. Los hombres que habitaban en el bosque de Tangará vivían en dos aldeas. Una era Altegar, que estaba situada en el extremo sur, casi en las laderas del monte Ulbaz, cerca de la senda que llevaba al mundo exterior, hacia las inmensas llanuras de Posrspak, llamadas así por el río que las cruzaba de este a oeste. Nacido en las entrañas del monte Uldaz, Posrspak llegaba embravecido a la llanura que llevaba su nombre, pero enseguida se amansaba para cruzarla lentamente y perderse en la tierra de los Montamack, unos hombres con los que tenían escasa o ninguna relación. Mientras que en el centro del mismo bosque de Tangará, junto a los tejos milenarios y alrededor del gran serbal de los cazadores, llamado Souck, se hallaba enclavada Otzeak. Sus estrechas calles de tierra, por las que se desplazaban sus habitantes, separaban sus apenas diez pequeñas casas de madera, las cuales estaban integradas entre la frondosidad de los árboles como el hijo en el regazo de su madre.

Como el hijo amado, recibían de su padre, el bosque de Tangará, todo lo que necesitaban para vivir. Carne de la abundante caza que poblaba el bosque, bayas y frutos silvestres, leña para calentar sus hogares, o para hacer carbón, o para construir casas

donde guarecerse. También estaba Rockpass, un riachuelo que circundaba la aldea. Lo llamaban Rockpass porque discurría entre las rocas con paso lento. Nunca le faltaba agua, pero tampoco se embriecía, a pesar de las lluvias. Su nivel nunca ascendía demasiado, evitándose así las inundaciones. En el centro de la aldea se elevaba hacia el cielo el propio Souck, el serbal de los cazadores, que servía de cebo para atraer con sus rojos frutos a gran cantidad de tordos que eran capturados con gran algarabía por niños y mayores. La «leche», como la llamaban, era la savia de la Pontoia, una planta muy común en las orillas del Rockpass. De color blanco y pegajoso, con ella untaban las ramitas junto a los frutos de Souck. Al ir los tordos a comerlos se quedaban atrapados en ellas.

Enredaderas de jazmín español, o jazmín real, cubrían las fachadas de madera de haya. Sus hojas verdes y grandes tapizaban las casas, sobre las cuales, de abril a septiembre brotaban sin cesar flores blancas o amarillas. El olor a jazmín invadía la aldea, embriagando los sentidos de sus habitantes con su perfume. Sus tejados, negros como la noche, debido a que estaban cubiertos de pizarra que traían de una cantera cercana, semejaban, a vista de pájaro, rocas en la montaña, creando así un mimetismo total.

Tan difícil era de localizar que muy poca gente de la comarca del Tangará sabía ubicar la aldea. Incluso para el resto del entorno, su propia existencia era una leyenda. Leyendas no faltaban en la comarca ni en Otzeak donde eran el sustento de los propios habitantes, apenas veinticinco. Pero también las mentes de los niños eran regadas con ellas. En las tardes oscuras, cuando el viento del norte bajaba silbante por las laderas del Marionack y los negros nubarrones amenazaban la aldea, los jóvenes se reunían junto al fuego. Pot, el anciano del lugar, desgranaba las fábulas con las que empapaba la fértil imaginación de los niños, impregnando sus pequeñas cabecitas de todas aquellas historias. Con el tiempo ellos mismos se las

aprendían de tanto oírlos. Esa era la intención, ya que con el paso del tiempo, en noches similares, serían ellos los narradores, y las mentes de sus hijos y nietos esponjas que alimentar, manteniéndose así las historias siempre vivas en su corazón.

Y aquí, en esta interesante escena, tenemos que dejarlo.

Si quieres saber cómo continúa la historia, no dudes en pasarte por nuestra web para adquirir el texto completo:

<https://conplumaypixel.com/>

Gracias por leer,

El equipo de Con Pluma y Píxel.